



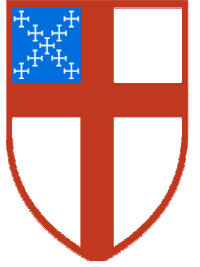
Iglesia Episcopal en Colombia, Comunión Anglicana

[www.iglesiaepiscopal.org.co](http://www.iglesiaepiscopal.org.co)

Catedral de san Pablo, Bogotá, D.C. ([iecsanpablo@gmail.com](mailto:iecsanpablo@gmail.com))

**Domingo 18 de Febrero de 2007**

**Último Domingo después de la Epifanía**



## COLECTA

Oh Señor, tú nos has enseñado que todo lo que hacemos sin amor es de ningún valor: Envía tu Espíritu Santo, y derrama en nuestros corazones tu excelentísimo don, que es el amor, el vínculo verdadero de la paz y de todas las virtudes, sin el cual todos aquellos que viven son considerados como muertos ante Ti. Concédenos esto, por amor de tu único Hijo Jesucristo, que vive y reina contigo y el Espíritu santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amen.

### LECTURAS:

**PRIMERA LECTURA GÉNESIS 45:3-11,21-28**

**SALMO 37:3-10**

**EPÍSTOLA 1 CORINTIOS 15:35-38,42-50**

**EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 6:27-38**

## COMENTARIO

Continuamos este domingo con el “sermón del llano”. Después de una primera parte de bienaventuranzas y “ayes”, Jesús inicia la segunda parte invitando a todos los que lo escuchan a cultivar un amor misericordioso y universal para llegar a ser como el Padre que está en los cielos. Si a los empobrecidos los había llamado bienaventurados sin exigirles ningún comportamiento ético previo, ahora, si quieren ser en verdad bienaventurados deben llenarse del modo de ser cristiano. Para esto, se necesita según Jesús, algunos principios fundamentales.

En primer lugar, el **amor a los enemigos**. Difícil tarea. En nuestro mundo, en el que el propio orgullo, el honor mal entendido, el quedar por encima de los demás son los valores más en alza, Jesús dice que hay que elegir algo que, para la mayoría, está totalmente devaluado: el perdón, el buscar el bien de quienes nos tratan mal.

El AT ve en el odio a los enemigos algo natural (Sal 35:1-8), Jesús en cambio une el amor a los enemigos con el amor al prójimo. Los padres de la Iglesia, vieron en el perdón a los enemigos, la gran novedad de la ética cristiana. El filósofo judío del siglo XX P. Lapede (citado por François Bovon, en su comentario al evangelio de Lucas) escribió: “alegrarse de la desgracia del otro, odiar a los enemigos, devolver mal por

mal son actos prohibidos, mientras que se exige la magnanimidad y el socorro ofrecido al enemigo necesitado. Pero el judaísmo ignora el amor a los enemigos como principio moral.

Jesús nos invita a un cambio radical: a *nacer de nuevo*, a aceptar a Dios como Padre y a organizar este mundo como un mundo de hermanos. Y para que este cambio sea posible, esta exigencia es totalmente necesaria, pues para cambiar de raíz la convivencia humana no basta con querer a los que nos quieren; eso lo hacen, dice Jesús, hasta quienes no creen que Dios sea Padre y que quiera hacernos hermanos, porque sólo esta calidad de amor nos va realizando como hijos de Dios.

Este imperativo es el único en los tres capítulos del sermón de la montaña, que no tiene ni un paralelismo claro ni una analogía con la literatura rabínica. Constituye, en términos teológicos, una “propiedad jesuítica”. La novedad de Jesús supera por tanto, la ley del talión “ojo por ojo y diente por diente” (Lev 24:19-20; Dt 19:21), que **rigió por siglos la justicia de Israel**. También supera la fórmula veterotestamentaria y neotestamentaria de “amarás al prójimo como a ti mismo” (Lv 19:18,34), pues ya incluye a los enemigos.

Esto no significa que estamos exentos de tener enemigos, menos aún, los que al estilo de Jesús luchan contra la injusticia, la intolerancia, la corrupción, la violencia, etc. De lo que se trata es de **no asumir actitudes condenatorias**, sino de **abrir los espacios y posibilidades** para que los “enemigos” encuentren el camino de la conversión y reconciliación. Que vean en nosotros el amor del Padre y el testimonio vivo de lo agradable que es vivir como hermanos.

Un **segundo principio** es “**al que te golpee en una mejilla preséntale también la otra. Al que te arrebate el manto, entrégale también el vestido. Da al que te pide, y al que te quita lo tuyo, no se lo reclames**” (vv. 29-30). No se trata de no tener enemigos. Esto es algo que no podremos evitar; no está en nuestras manos impedir que haya quien se ponga en contra del proyecto de Jesús; se trata de no excluirlos de nuestro amor, de no cerrar nunca las puertas de la reconciliación, de no dar nunca por terminadas las posibilidades de cambio *-conversión-* ni siquiera en quienes se empeñan en ser nuestros enemigos; al contrario, no se debe despreciar ninguna ocasión para hacerles ver que también ellos están invitados a buscar la felicidad al lado de los que, teniendo a Dios como Padre, tratan de vivir como hermanos.

Y **tampoco se trata de callar ante la injusticia**, de renunciar a nuestros derechos o a nuestra dignidad. Cuando Jesús habla de *poner la otra mejilla* no está aconsejando a los pobres que se resignen con su suerte, no está predicando esa resignación que falsamente se llamó cristiana y que ha alejado de la fe a tantas personas comprometidas en la construcción de un mundo más justo (si así fuera, ¿qué sentido tendrían las amenazas a los ricos que siguen a las bienaventuranzas?). Lo que Jesús propone es que cada **uno, en sus relaciones personales, sea capaz de renunciar siempre al uso de la violencia**, y en ocasiones **incluso a los propios derechos** para mostrar la calidad del amor de los *hijos del Altísimo*, y para invitar al enemigo a emprender, también él, el mismo camino del amor.

Se trata de ser mansos pero no “mensos” (tontos). Jesús no intenta reducirnos a la pasividad, el conformismo o la resignación. ¿Por cuánto tiempo utilizaron los poderosos la “resignación cristiana” para acallar las voces de quienes exigían sus derechos? No se trata de renunciar a nuestros derechos ni de callarnos frente a las injusticias, sino de renunciar a la violencia como medio absoluto para resolver las diferencias y los conflictos; también, renunciar a nuestras comodidades o a nuestras prendas más preciadas para darla a los que más las necesitan. En este sentido, Jesús supera el concepto de compartir

que se tenía hasta el momento, pues ya no basta solo compartir el “pan con el hambriento...” sino entregarlo todo, incluso hasta la propia vida.

En 6,31 encontramos lo que suele llamarse **la regla de oro de la convivencia humana**. Esta regla era ya conocida en el mundo judío. La novedad de Jesús es cambiar su sentido de reciprocidad por la búsqueda sincera e inagotable de **tratar bien al otro, como quisiéramos que nos trataran a nosotros**.

La prueba mayor de “tratar bien” es hacerlo con los enemigos, que significa el amor por todos aquellos que con sus obras hacen del mundo un caos, la tolerancia por lo que piensan diferente, la comprensión por los que escogen caminos diferentes, etc. Esto hay que concretizarlo religiosamente rezando por los que nos persiguen y bendiciendo a los que nos maldicen.

Amar, bendecir, orar por los “enemigos” no significa perder el sentido de la crítica, de la denuncia o de la reprensión. Lo que pide Jesús es que la iniciativa del amor, del perdón, de la bendición la llevemos los cristianos. Es el testimonio lo que más rápida y eficazmente puede cambiar a los que odian, hacen el mal y maldicen. Bien dice Mt 5:16: “hagan, pues, que brille su luz ante los hombres; que vean estas buenas obras, y por ello den gloria al Padre de ustedes que está en los cielos”. El v. 35 es un precioso resumen de todo lo dicho hasta el momento. En el v. 36 encontramos un tercer principio para vivir al modo cristiano: “Sean misericordiosos como es misericordioso el Padre de ustedes”. Mientras Lucas habla de misericordia Mateo habla de perfección. La misericordia se presenta como un elemento constitutivo del ser cristiano, porque lo es también de Dios.

¿Nos hemos preguntado alguna vez cuán misericordiosos somos? Muchas veces confundimos la misericordia o la compasión con la lástima y eso no es cristiano, porque **el que tiene lástima inconcientemente se presenta como superior al otro, en cambio el que tiene misericordia establece una relación de hermanos** para encontrar juntos el camino del Señor.

En cuarto lugar tenemos tres exhortaciones que concretan la actitud misericordiosa de todo cristiano. La primera **“No juzguen y no serán juzgados”** (v. 37). Esto no significa perder la capacidad de opinar sobre lo bueno o lo malo; aquí se trata más bien de **no destruir al hermano a través de la crítica, el chisme y la calumnia**. Si esta primera exhortación se dice en negativo, la segunda será en positivo: **“perdonen y serán perdonados”**. La misericordia no se entiende sin la capacidad de perdonar, por que es en este momento cuando las comunidades llegan a vivir realmente como hermanos. La última exhortación, también en positivo es **“den y se les dará”**. La misericordia encuentra su punto más alto en el dar y darse. El testimonio de Jesús fue de entrega total por la causa de Dios. Dios lo entregó todo, hasta su propio Hijo. ¿Y nosotros?; ¿Entregamos lo que nos sobra o solo lo menos importante? Dar hasta la propia vida por el hermano es la manera más auténtica de vivir el cristianismo.

Las últimas palabras del evangelio de hoy, “no juzguéis y no os juzgarán, no condenéis y no os condenarán...”, deben entenderse también a la luz de todo el evangelio: Jesús acaba de condenar a los ricos; pero esta condena mira a las estructuras injustas con las que Jesús no tiene ningún tipo de contemplaciones; pero deja siempre abierta la puerta a la persona: al rico que acepta la invitación de Jesús, rompe con esas estructuras injustas, renuncia a la riqueza y se incorpora a la tarea de convertir este mundo en un mundo de hermanos

(Apoyado en “servicios koinonía)